



El "Caio Duilio"

(Fotografía
Estudios Caruso)

Un moderno crucero italiano, de gran capacidad combativa, el primero de su tipo construido en Italia, entrando al puerto de Montevideo, del que es grato huésped, habiéndose realizado multitud de actos y ceremonias oficiales, y festejos a los tripulantes.

"Este metro cuadrado, que en la tierra he buscado,
vendrá tarde a ser mío: muerto, al fin lo tendré.
Yo no espero ya ahora más que un metro cuadrado
donde tengan, un día, que enterrarme de pie".

J. S. Chocano

DESDE el oscuro hoyo de tierra donde estuvo más de treinta años, enterrado de pie, como pedía, en suelo chileno, ha salido otra vez el "cantor de América", a la

CHOCANO

HA VUELTO AL PERÚ

B. L. P.

José Santos Chocano
a su ilustre colega Juan
de Ibarbouron; y reclama
para sí el honor de haber
ido el primero en darle justici-
eramente el nombre de Juan
de América.

(antiago, Chile) - Día
del Viernes, 25 de agosto, de 1929.

José Manuel de la Barra #433.

Salutación de Chocano a Juana de Ibarbouron, reclamando para sí el haber "sido el primero en darle justicie-
ramente el nombre de Juana de América".

última y definitiva sepultura: desde el 15 de mayo de este año, los derribados huesos del altisonoro poeta yacen por fin bajo el cielo peruano, salvando repudios y rencores que, enconados y terribles en su hora, siguieron tejiendo en torno de su memoria, como guirnalda nefasta, la leyenda negra de su desencontrada aventura humana, apenas encalmada por los oleajes del tiempo, pronto a levantar marejadas de agravios insepultos, al contacto de aquella

orilla habitada por el genio y el pecado, el resplandor y la culpa.

La oscura fábula irá por siempre unida a la trayectoria literaria de Chocano. Su poesía no puede desprenderse de la brasa chamuscante, estigma de poeta maldito, que atrajo sobre su frente, consagrada un día por la espectacular corona de oro de las exaltaciones máximas, incrustada de esmeraldas y diamantes de Colombia y Ve-

- A mi Madre -

No es de la aurora el resplandor prestado
Ean celestial como mi amor, radiante
En tu mirada de ángel salvador
El fuego eterno de tu amor gigante

Entre dos infinitos el destino
Pues a mi hermano corazon amante:
El infinito de tu amor divino
Y el infinito de mi amor brillante!

Para llenar a tu alma de alegría
El amor puro que mi pecho siente
Yo quisiera decarte madre mía,

Pero el genio mas rico y mas potente
Con espigas aún, no puntaría
Todo lo hermoso de mi amor ardiente

Julio/

nezuea, que le ciñó el Perú, el rayo de la cólera, desprecio, la diatriba y el odio, que le llevaron al destierro a la pobreza y al olvido, en una casa modestísima del barrio de la Universidad Católica de Santiago, donde conservaba el engolado empaque de recibir vestimenta etiqueta a los eventuales visitantes.

Chocano, con Darío y con Nervo, configura la trilogía del Modernismo americano. Nervo, suave, sentimental y elegíaco, en la penumbra y el tono de las confidencias "en voz baja"; Darío en la epifanía de sus magias verbales, tímido y dulce, "co- de la tarde y algo de la mañana", ¡qué distintos en 'or, en su canto y en su grandeza, a la grandeza, al y al canto de Chocano! La miseria humana de Darío, distinta de la miseria moral de Chocano! El pugilato petuo de Chocano con la vida, ¡qué diverso del re- misticismo de Nervo! Lo que en el nicaragüense y el cano se sublimó por vías estéticas en trémolo o so- en Chocano fue exhibición violenta, yoísmo delirante, niveles del hombre con su presente, evasión deses- acogiéndose a un ayer de Incas o Virreyes, por desde- una realidad que quedaba estrecha a sus sueños desb- rados, león que hacía temblar la selva cuando lo quap- tendía era sólo o escuchar el canto de los ruiseñores.

No ha dado la poesía del continente varón lírico quien más alto y tonante haya hablado el Yo, poeta superlativo y la mayúscula, del signo de admiración a la hipérbole; ni individuo más ecuménico de ambición como aquellos príncipes del Renacimiento que jugaron igual al arte, al puñal, a la intriga y al gobierno de los Estados — "muy don Juan de Médicis y muy don Carlos de Austria" —. Esa cosa caótica, tremenda y misteriosa nuestra América, en su turbulencia y su pasión avasallante se dieron con fragor y vehemencia telúrica en este mar que se sintió intérprete sobrehumano de sus ríos y volcanes, de sus cataclismos y sus cóndores. Tuvo el monopolio de la primera persona, y la egolátrica vocación del protagonista. Y cuando la suerte le negó el papel de vital p- de la morada humilde, que albergó su exilio y su post- amargura, redimida por un sueño de tesoros enterrados que a la postre le costó la vida. El demente que con- navaja mató a un hombre en un tranvía de Santiago el 13 de diciembre de 1934, brindó, al fin de cuentas, a la "condottiero" renacentista, el epílogo que condecía con desorbitada existencia, de "homicida, repudiado, aislado, exilado". Gran poeta, desventurado poeta, treinta y un años después de su muerte, ha vuelto a su patria. Por encima de las tormentas de los hombres, queda en la soledad magnífica de su incuestionable estatura lírica. Cuando estable el poeta en la plenitud de gloria que como una virtud nativa de su famosa corona de oro cincelado, iba a señalar un muchacho que asumía la representación de la juventud peruana: "Yo te dirijo en nombre de mi generación, es todo el futuro, la salutación magnífica: Tu duca, maestro, tu signore. Porque eres heraldo, trompeta, gonfalon, flauta, tambor mayor, airón, penacho, cansano, sonoridad, color; porque no ha habido un solo Poeta en nuestra historia que pueda parangonarse; porque eres el esperado mi'agro de una raza maravillosa; porque eres Poeta: José Santos Chocano, ¡salud! En nombre del porvenir y en nombre del precario pasado, salve, Poeta epónimo Poeta fuerte, Poeta máximo. Poeta que eres, con frase de Leonardo, "una cosa natural vista en un gran espejo".

Serenado el espíritu y enriquecido de cultura y experiencia, lejos ya el tono rendidamente entusiasta de los veinte años, la misma voz se ha a'zado, cuarenta y tres años más tarde, en el cementerio de Lima, para decir su reposo ante la inhumación definitiva, y reiterando la frase de Leonardo. Y es toda una oración laica, el discurso que acaba de enviarnos Luis-Alberto Sánchez, actualmente Senador del Perú, pero por encima de todo escritor ilustre y el más autorizado chocanista, que bregó muchos años por el regreso de los despojos mortales de Chocano a su patria. Desde el final reposo, parecen llegarnos los versos orgullosos del poeta:

Yo que he sentido el mundo redondo, tal como es,
porque incesantemente giró bajo mis pies;
yo que heredé el caballo de algún Conquistador
o alguna móvil tienda de un Indio cazador;
yo que debí en un tiempo de ser monje o soldado;
yo que soy melancólico y fuerte como el Ande,
pienso en que ya la infamia de los demás me ha dado
con tantas pequeñeces, el derecho a ser grande.

(Especial para EL DIA)

Dora Isella RUSSELL

ANTE EL FERETRO DE JOSE SANTOS CHOCANO



José Santos Chocano. Nació en Lima; como hijo del continente fue denominado el Poeta de América y coronado en 1922, en su ciudad natal, por la Municipalidad de Lima, en nombre de los Municipios de la República.

Hombre violento, afelpado y arrogante, creció en el de lo grandioso. Así, quiso conformar su destino: asegurado en el mal y en el bien, en el amor y en el odio. Por eso en horas de angustia buscó la sola compañía del mundo, Dante, Shakespeare, Byron y Cervantes, sus grandes confidentes. Personaje del Renacimiento caído en un planeta ignoto, modeló su conducta a la de Célino y buscó un Príncipe señero como el de la Edad Media, para servirle, sirviéndose. Padeció de incurable hipervisión. Todo lo que caía a su alcance

se agigantaba de inmediato. Hiperbólico en el hacer, en el querer, en el combatir, cortejó o atacó a grandes tiranos, a grandes caudillos; tuvo grandes pasiones; cometió grandes pecados; sus excelencias también fueron grandes. Con justicia se le ha aplicado una definición de Leonardo: Chocano fue como "una cosa natural vista en un gran espejo".

Nacido para mandar, no recibió junto a su capacidad de hacerlo, los instrumentos adecuados, excepto el canto. Por eso mandó cantando y cantando perdió el mandar. Mala suerte: la alondra matinal que desvelara sus angus-

tias de adolescente, adquirió de pronto alas y garras de ave de presa; la sonata se trocó en clangor, en rugido. Mas, ¿no es con rugidos como celebramos a la naturaleza, a los símbolos humanos, a los descubrimientos y las victorias?

En ello pasó su vida y consumó su arte José Santos Chocano, atraído alternativamente por las musas de la Política y la Historia, para acabar fatigado antes de tiempo, aterido de amor y de melancolía. Fue entonces cuando este hombre soberbio, apeló a la triste confidencia de los "Nocturnos" y se expresó en plegarias que parecían nuevas en sus estrofas aunque sabemos, irrefutablemente, que nunca se apartaron de su corazón ni de su boca.

Sería inoportuno aludir aquí a la portentosa obra poética de Chocano, llena de contrastes como todo lo que de veras proviene del hombre. No hay quien no sepa algunos de sus poemas. Casi todos podemos recitar los títulos de muchos de sus libros. Los menos, pero no pocos, escuchamos alguna vez el relato a voz tácita de ésta o aquella de sus peripecias no siempre edificantes. Cierto que, a menudo, confundió poesía y oratoria, pero es que no la confundieron también, si confusión se la pudiese llamar, Dante y Calderón, Byron y Espronceda, Herrera y Carducci, Víctor Hugo y Whitman, Lugones y Darío? Cuando Bécquer, antes que Verlaine, ensaya la estrofa breve, el matiz, la sordina, las "palabras especiosas", no estaba anulando el arte de sus predecesores, sino que engarzaba la suya con las voces de Cástulo, Boscán, Manrique, Cetina y hasta del a ratos caudaloso Garcilaso de las "Eglogas". Era otro riel de la ferrovía estética, según el apólogo de Max Jacob. Bécquer empuñaba el otro remo, cumpliéndose así en la cooperación de estentóreos y discretos, la imagen del poema "De viaje": las dos tendencias poéticas iban "como dos remos: toda la vida bogando juntos y separados toda la vida". Es lo que ocurre. Los cantores de voz suave hunden su acallado remo en la misma linfa en la que meten el suyo los de voz atronadora; así van los modernistas y los románticos, los metafísicos y los retóricos, los unos tan dueños de la barca y el mar como los otros. El arte subsiste en virtud de tal diálogo: igualmente en las carnes opulentas de Rubens que en las pálidas magruras de El Greco; en las delgadas notas de Debussy y en los torrentes polifónicos de Wagner. El hombre se expresa conforme a su designio y a su temperamento, con gritos y suspiros. Chocano no perteneció a los últimos. Los suspiros los niegan sin razón a causa de no ser como ellos; los clamorosos le elogian también sin razón a causa de ser como ellos. Pero, un poeta no es, sino que *está* como los unos y como los otros. Lo admirable es, si, rescatado ya de la incuria crítica y la malevolencia política, lo admirable es que si a menudo asorda más de lo tolerable, en cambio cuando usa el registro menor, conmueve hasta lo más hondo. Fruto de pericia, dicen algunos. Quizá. Mas me atrevo a pensar que tales aciertos ocurren sólo a fuerza de la autoconfesionalidad del subjetivismo de Chocano, hombre tan lleno de sí, que nunca apeló a otra experiencia fuera de la suya, ni atendió a penas ni alegrías que no fuesen las que la vida instió en su propia sangre.

Señores: en nombre no sólo de una alta institución de la República sino de la inmensa, anónima y ubicua legión de los lectores de Chocano, doy gracias a quienes, superando obstáculos, pequeneces y hasta explicables resquemores, aunaron la flor de su generosidad con la de la equidad, para hacer posible este acto que nos honra a todos, tal vez más a nosotros que al poeta.

Cuando regresó al Perú, en 1921, después de largos años de andar, Chocano agradeció y felicitó a su pueblo por la forma de recibirlo. La ocasión de hoy es como aquella. Al despedirnos del poeta y al despedirnos entre nosotros mismos esta mañana memorable, podemos mirarnos con orgullo a los ojos y tendernos sin reticencia las manos: entre todos hemos vencido una jornada por la justicia, que no por ser ahora la literaria, deja de formar parte de la justicia inmanente, universal don divino, sublime proeza humana y, por consiguiente, una de las razones de ser para el hombre y para la Patria.

Poeta:

Quedan aquí cumplidos tu premonición y tu deseo: la tierra del Perú, materna, dulce y amarga, esta tierra de la Patria de tus sueños y de tus luchas, va a derramarse sobre ti como una madre. Que en su tibieza encuentren tus cenizas la paz que no le fue dado encontrar a tu espíritu mientras alentó en el mundo. Los ciudadanos del Perú, sin distinción de edad, gustos ni clases, abaten sus banderas para saludar este tu viaje final. La fama te acogió ya en su regazo: la Patria te abre el suyo, tierno y cruel con la vida, como la ausencia, como el amor, como el destino.

Luis-Alberto SANCHEZ

Lima, 15 de mayo de 1965.

(Exclusivo para EL DIA)

El avaro.

Cuento que me invade la boursa
ardiente amor por el metal que escondo
me podré corazon hección de
sus propios deseos se tortura.

Luzja el mundo me llame loco y loco;
Este insulto me, hará poco desdoro....
¡Si el mundo me desprecia, le desprecio!

El mar revuelto de mi vida impura,
es mar de pus con podredumbre al fondo,
despeñarse va en el abismo hondo
la infernal y lúgubre amara.....

A no existir me espléndido tesoro
Por cosa alguna no existiera aprecio....
¡Si creo en Dios es porque creí el oro!

La Pulpera del Quebracho

EL hacendado Montenegro llegó temprano a la Pulpería del Quebracho. Miró por la reja. Adentro estaban Dorila y el peón Quiroga. Después de buen día lo hicieron pasar. Sentóse. Dijo:

—Y ahora ¿qué vas a hacer, Dorila?
La mujer contestó:

Dorila era joven, garrida, hermosa. Llegó allí un día con su esposo, Martín Falcón, que había comprado el caserón de piedra a los hijos de Silvestre Gadea, que lo había edificado. Junto a Falcón y Dorila fue Isidoro Quiroga.

Más de una vez, y más de un gaucha requerebró a la



—Seguir el negocio.
—¿Vos?
—Isidoro ayudará.

El día anterior habían enterrado al esposo de ella. El negocio del Quebracho siguió. Reunión de gauchaje en el que había de todo: estancieros, troperos, cuatreritos, vagos, maievos...

Una hora antes de ponerse el sol Quiroga trancaba. Se atendía sólo por la reja. A veces sonaba allí una guitarra, volaban versos en la voz de alguien. Otras corría el naípe. Tal día un incidente en el que había sangre.

galerías
YAGUARON

ULTIMOS SALONES
PARA ALQUILAR

INFORMES: DENTRO DE LA GALERIA, SALON N°-6

pulpera. Alguna vez un cantor le dedicó una versada, ardiente la voz. Algún estanciero le conversó bajito, encendidos los ojos. Dorila sonreía... y nada más. Después de morir Falcón el asedio se hizo más intenso; pero ella fue más inaccesible. La vida seguía corriendo.

Quiroga iba y venía. Su mirada estaba en todo: caballos, lecheras, gallinas, perros; los porrones de ginebra, las botellas de biter, las pipas de vino, las bolsas de azúcar, los tercios de yerba... No había amanecido cuando sacaba de lo hondo del sueño al peoncito Mojarra; tenía que echar las vacas y ordeñar. Luego prender el bichoco del barril, ir por agua a la cachimba. Dorila en la cocina, junto a la negra Fuica, calentaba agua para el mate y para el café. Y el tiempo seguía pasando...

Alguna noche, allá de mes en mes, ido el último cliente, Dorila decía a Quiroga:

—Vamos a contar la plata.

Y aparecía con un cajón de fuertes tablas y firme cerradura. Lo abría. Ella y Quiroga ordenaban cóndores y libras, papeles y cobres.

Cierta vez el bullicio en el comercio era grande. Estaba allí un gaucha de hermosa estampa, melena lacia tapándole la nuca. Había bebido bastante. Sus ojos, como encandilados, algún instante se clavaban fijos en los de la pulpera, o acariciaban su rostro armonioso. Y en sus palabras, a veces punteaba una frase en la que vibraba sordamente el deseo. Hasta que el brazo se estiró sobre el mostrador y la mano buscó la carne. Quiroga la desvió diciendo en voz baja:

—Esto no es banca que se cope, don.

Estalló el otro. Quiso rebasar la tabla, fue contenido. Pero en las voces de su ofensa salió la madre del peón. Quiroga dejó el despacho. Se oyó en su acento ordenar a Mojarra:

—Echá el moro y ensillalo.

A punto de entrar el sol y de irse los últimos clientes Quiroga montó a caballo. Dorila le preguntó:

—¿Dónde vas?

—Eso es cuenta mía.

Una hora después volvió. Volvió hecha tiras la camisa, tintos en sangre pecho y brazos.

Al otro día encontraron junto al arroyo al hombre que lo había agraviado. Estaba muerto. Sobre el arenoso playo se había ido arrastrando, agónico, buscando la frescura del agua alivio para el fuego de su boca. Su cabeza casi estaba tapada por la mansa corriente. Un paño comentó:

—Dejaron el arena! trillao como si a garra y corripio se hubieran trenzado dos yaguarretes...

Y la vida seguía.

Ya iban dos años que había muerto Falcón. Un día, en la que recontaban el dinero Dorila y Quiroga —como lo hacían siempre— ya dormido Mojarra la negra Fuica moviendo el último trasto en la cocina la mujer habló:

—Decime una cosa, Isidoro, mirá lo que recién vino... ¿Cuánto te pagaba Martín, qué trato tenías con él?

En silencio quedó Quiroga un momento. Luego bajó los ojos:

—Ningún trato hicimos. Yo sacaba, o le pedía, lo que precisaba, como aura hago.

—A mí hasta hoy no me has pedido nada.

—Pero he sacao lo que me ha hecho falta.

—Mirá, Isidoro: yo no desconfío de vos. Pero de aquí por delante pedime lo que te haga falta que yo no te voy a negar.

Otro silencio pasó Quiroga, reconcentrado. Después levantó los ojos y los clavó en los de ella.

—Pues aura mesmo vamos a comenzar esa ley. Cura o sin cura, con juez o sin juez enyúntese conmigo.

Dorila quedó atónita. Largamente contempló a Quiroga. Luego hubo como una explosión en ella. Púsose de pie.

—Pero... ¿qué te has creído, ordinario? ¿De dónde has sacado...

De pie, bruscamente, también quedó Quiroga, diciéndole:

—¡Basta, con lo dicho alcanza!

Y salió a grandes zancadas.

La noche ya del todo había caído sobre la tierra sobre la casa de piedra, sonando su sinfonía de grillos y sapos, y esas notas misteriosas —quejas, risas, gritos— que palpitan en las sombras; y así seguiría hasta que la primera de la aurora recortara en oscuro relieve la sierra distante.

Amaneciendo Dorila oyó a Quiroga hablando a moro. Cuando asomó al campo el peón estaba a punto de montar.

—¿Dónde vas, Isidoro?

—Eso es cuenta mía. Mire: taba esperándola para decirle que no cuente más conmigo.

—¿Cómo? ¿Me vas a dejar sola al frente del negocio? Y te vas así nomás, con lo puesto, sin plata y sin garra?

Dame un mes de plazo para buscar otro que me ayude... —¡No siga! Me quedo. Pero, atiende bien: ni me venza el plazo no me ataja ni usted ni naide.

A medio día Quiroga no fue al comedorcito donde siempre comió desde que allí llegó. Ganó la cocina, donde a morzó. Lo mismo hizo de noche. Como al día siguiente repitió lo hecho, al anochecer Dorila ordenó a Fuica que sirviera a ella en la misma mesa que comía el peón. A esto le dijo:

—Mirá, Isidoro: no sé cuántos años van que comemos juntos, no quiero romper la costumbre.

Hasta que pasaran treinta días.

Oscuro aún, Quiroga se puso en movimiento. Dorila oyó ir y venir, hablar con su caballo. Lo sintió en la cocina tomando mate. Por último escuchó el adiosito a Na Fuica y después el trote del moro envuelto en un tenue silbido que se fue perdiendo...

La pulpera hizo ensillar un bayo que tenía, de antiguo encuentro y pata firme. A la negra Fuica le dijo antes de subir:

—Como ya le hablé, Na Fuica, usted queda atendiendo todo. Pasen, dos, o tres, o cien días, yo volveré. Don Montenegro va a mandar un hombre a que la acompañe.

Y partió al galope.

Cinco leguas pasaron bajo los cascos del bayo, hasta que llegó a un comercio grande, cerca de la línea. De lejos vio el moro, al palenque bajo un ombú. Allí estaba Quiroga junto al mostrador. Entró, saludó con un buen día sonoro y se arrojó a Isidoro.

—En la ramada te espero, tengo que decirte algo.

Salió. Tras ella fue Quiroga.

—Mirá, Isidoro: el negocio solo anda conmigo y con vos. ¿Querés que se funda? Seguí viaje. Pero yo marcharé atrás tuyo. De no, subí al moro y vamos para casa. Y allí seguiremos, con juez o sin juez, con cura o sin cura.

Calló Dorila. Los dos se miraron profundamente. Dorila rompió aquel callar en el que hubo más angustia que esperanza.

—Estoy esperando que subas a caballo, pues, y marqués el rumbo...

Quiroga desmaneo, estribó, quedó sentado sobre el recado. Y partió al galope largo derecho a la Pulpería del Quebracho. Tras de él Dorila.

Los dos se fundieron en la nube de polvo del camino levantada por el galope de bayo y moro, luminosa en aquel día de verano...

(Especial para EL DIA)

José MONEGAL

(Dibujo del autor)



La Contradanza Inglesa, formación en calle o "longways" Grabado tomado de la "Historia Universal de la Danza".

DANZAS TRADICIONALES URUGUAYAS: LAS HIJAS DE LA CONTRADANZA

COMO el siglo XVII es el siglo del minué, en Francia y por reflejo en Europa, el siglo XVIII es el siglo de la CONTRADANZA.

Es que ambas danzas reflejan el espíritu de las sociedades de ambos periodos: el primero, la aristocracia, sofisticada y quintaesenciada al máximo; la segunda, muestra en su alegría, su sentido colectivo y hasta en su vulgaridad, el creciente espíritu burgués de ese siglo XVIII.

No obstante, es evidente que la contradanza toma una serie de pasos tanto del minué, como de otras danzas en boga como la corrala. Los más jóvenes, en los bailes, que se aburrían solemnemente con el minué, se lanzan con alegría a bailar la "contradanza".

Para bailar el minué hacía falta ser bailarín y tener un riguroso maestro de danza. La contradanza la bailaba cualquier aficionado.

Ahí está el secreto de su éxito universal y a esto no podían quedar ajenas las colonias patenses de España.

En la contradanza se sustituye al ceremonioso maestro de danzas por el simple "bastonero" que se limita a ir dando un orden a las figuras.

Vamos a hacer una ilustrativa cita de la "Historia Universal de la Danza", de Curt Sachs:

"LA CONTRADANZA. — La colección más importante de danzas inglesas que desde 1650 fue publicada en dieciocho ediciones por el famoso editor John Playford con el título de "The English Dancing Master or Directions for Country Dances" (El maestro inglés de danza o Instrucciones para contradanzas), contiene dos amplios tipos de danza coral: rounds y longways. La round es el branle, la danza de círculo con alternación de hombres y mujeres; el longways es una ronda de frente en la que los hombres y las mujeres, agrupados en líneas rectas, se miran unos a otros. Las dos danzas se dividen en numerosas figuras: grupos de tres, arcos, estrellas, cambio de lugar, rodeo, movimiento y caída hacia atrás, cruzamientos, hey, procesión, balanceo de los participantes a la derecha y a la izquierda y muchas otras. Las figuras son múltiples y sus distintas combinaciones de encuentro y desencuentro de los participantes son inagotables. El "English Dancing Master" de Playford, describe en la décimotercera edición (1728) novecientas contradanzas!"

"Difícilmente puede establecerse cómo llegó Inglaterra a la práctica de esta danza, por cuanto la country dance fue al principio una danza puramente popular y por ende no puede reconstruirse su proceso de origen. Cuando entra en nuestro campo de visión histórica — más bien fugazmente a fines del siglo XVI, y del todo con la aparición del "Dancing Master" en 1650 — ya ha sido aceptada en la alta sociedad.

Aun en la corte, o por lo menos durante el reinado de Isabel, fue danzada juntamente por maestros y criados. Hacia el año

1700 comienza su conquista del continente. Holanda y Francia conocen la contradanza próximamente en 1685. En 1688 el maestro de danza de París, Landrin, escribe en un manual de contradanza inédito, que tres años antes ha viajado a Inglaterra para satisfacer el deseo de; Delfin, que pide nuevas contradanzas, y que ha encontrado las más raras en el mismo colegio del que Sieur Isaac d'Orleans había traído la suya a Francia antiguamente. En 1700, el maestro de danza parisiense Feuillet publica treinta y dos longways en su "Répertoire de contredanses". En 1714, aproximadamente, la contradanza, ha llegado hasta España. Bonnet escribe en 1723 que un maestro de danza inglés introdujo la contradanza doce o quince años antes, aproximadamente en el 1710, que en 1717, "se le recibe ya casi en todas partes". En verdad, es más que "recibida". Es, "después del minué, la danza más popular de la corte en las grandes fiestas y en los casamientos".

Y con esto nos vamos a referir concretamente, ahora, a la prole que dejara la contradanza inglesa en el Río de la Plata.

Desde fines del siglo XVIII tres formas de canción danzada imperan en el medio rural uruguayo y resultan las predilectas de los gauchos en sus fandangos. Son tres especies folklóricas hermanadas en múltiples aspectos y que quizás, como en el misterio evangélico no sean más que tres apariencias distintas de una misma forma original.

Las tres son hijas coreográficas de la vieja contradanza inglesa, la dueña y señora de los salones del universo occidental en el siglo XVIII.

El distinguido musicólogo argentino Carlos Vega ha explicado con claridad y precisión este origen y nuestro compatriota Lauro Ayestarán comparte su opinión.

Dice Ayestarán: "La contradanza, madre nutricia de las primiformas coreográficas del folklore rioplatense".

Y agrega luego: "La tesis de Carlos Vega sobre la proyección de la contradanza en la formación de nuestro folklore se refiere únicamente al aspecto coreográfico. El musicólogo argentino ha establecido el siguiente cuadro que comparte por entero el autor de este trabajo. Por nuestro camino hemos llegado a la misma conclusión: es indudable que la contradanza aparece primero y que las formas coreográficas uruguayas — el Pericón en primer término — surgen años después. La transposición de las dos grandes figuras iniciales: la rueda y la formación en calle, y numerosas figuras sucesivas de la contradanza, pasan íntegras a las formas criollas." (Lauro Ayestarán, LA MUSICA EN EL URUGUAY, S.O.D.R.E., Montevideo, 1953, págs. 452 y 458).

Por nuestra parte, aun compartiendo en lo fundamental lo expresado por los citados autores, tenemos nuestras propias consideraciones a hacer sobre el origen y la rela-

ción de precedencia de las referidas danzas.

Seguramente la primera en tomar auge como especie folklórica fue el Pericón (creemos, como vamos a aclarar de inmediato, que se trata más que nada de un problema de denominación) que, por coincidencia, es la última en desaparecer como especie viviente.

La adaptación coreográfica — popular y lírica — (es decir cantada por los bailarines), de la contradanza, comienza a ser conocida en los medios campesinos por el nombre del director de baile o bastonero al que se conoce con el nombre de "perico".

En el "lazarillo de ciegos caminantes desde Buenos Aires hasta Lima..." (Imp. en Gijón en la Imp. de la Roveda en 1773), cuyo figurado autor sería Calixto Bustamante Carlos, Inca, alias Concolorcorvo, pero que hoy sabemos fue escrita por el propio comisionado de Correos, Carrión de la Bandera, obra digna de la tradición de la vieja picaresca española, se hace la siguiente pintoresca descripción de nuestros primitivos gauchos, a los que por aquel entonces se conocía por el calificativo de origen portugués de "gauderos":

"Estos son unos mozos nacidos en Montevideo y en los vecinos pagos. Mala camisa y peor vestido, procuran encubrir con uno o dos ponchos en que hacen cama con los sudaderos del caballo, sirviéndoles de almohada la silla. Se hacen de una guitarra, que aprenden a tocar muy mal y a cantar desentonadamente varias coplas que estropean, y muchas que sacan de su cabeza, que regularmente ruedan sobre amores. Se pasean a su albedrío por toda la campaña y con notable complacencia de aquellos bárbaros con los que comen a su costa y pasan las semanas enteras tendidos sobre un cuero cantando y tocando."

Esta es la primera descripción, cronológicamente, de las aficiones musicales y poéticas de nuestros gauchos, bien apropiada, por cierto, esta primera visión del mester de gauchería, de aquel trovero marginal, ecuestre y errático, amigo de vivir a costa ajena.

La segunda, es mucho más completa e interesante y en ella encontramos la primera cita concreta a nuestras formas folklóricas de canción danzada.

"En el viaje alrededor del mundo", de las corbetas "Descubierta" y "Atrevida", al mando de Alejandro Malaspina, encontramos en la parte referente al territorio que es hoy el Uruguay, la "Descripción del que llaman guazo u hombre de campo", descripción atribuida generalmente al naturalista Espinosa y Tello y que según nuestro compatriota el Prof. Flavio García, pertenece a otro naturalista de la expedición, llamado Antonio Pineda y Martínez del Pulgar.

Dice así: "Un caballo, un lazo, unas botas, una carona, un lomillo, un peñón hecho de un pellejo de carnero es todo su ajuar de campo. Una bota de medio pie, unas espuelas de latón de peso de dos a tres libras, que llaman nazarenas, un calzoncillo con fleco suelto, un calzón de tripe azul o colorado, abierto hasta más arriba de medio muslo, que deje lucir el calzoncillo, de cuya cinta está preso el cuchillo flamenco; un armador, una chaqueta, un sombrero redondo de ala muy corta con su barbiquejo, un pañuelo de seda de color y un poncho ordinario, es la gala del más galán de los gauderos".

Como puede comprobarse, una espléndida descripción que se completa con las siguientes palabras, que son las que más nos interesan a efectos del presente trabajo:

"Si es verano se van detrás del rancho, a la sombra y se tumban; si es invierno, juegan o cantan unas raras seguidillas desentonadas que aman de cadena o el perico, o mal-ambo, acompañándolo con una desacordada guitarrilla que siempre es un tiple."

Hace, pues, referencia a las seguidillas, antecesoras de las boleros, de gran auge dieciochesco en la península y de innegable influencia en las danzas folklóricas rioplatenses; de cadena, refiriéndose a una de las figuras básicas de la danza y, finalmente, a la denominación, señalando que le llaman el perico.

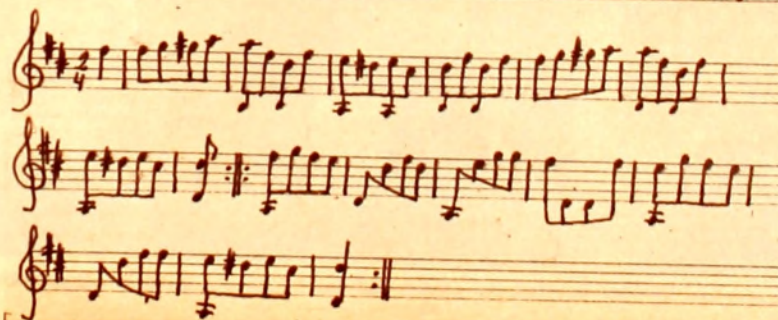
De acuerdo con el cuadro que adjuntamos, estas danzas pertenecen por su ritmo o tiempo, a las llamadas graves-vivas, es decir, que poseen un tiempo lento y más ceremonioso y otro vivo o apicado. A este último se le llamó muchas veces Cielo (más que por su aire quizás haya sido porque era la parte cantada), y por extensión se debe haber aplicado la denominación, en diminutivo familiar, a toda la danza, particularmente, lo repetimos, cuando ésta era cantada, de ahí los cielitos, que luego llegaron, como la media-caña, a tener validez de especie lírica pura y gran auge como tales.

Por último, señalaremos, que en las danzas folklóricas rioplatenses de esta época, existía una figura — cambio de lugares de caballero y dama tomados de las manos, como medio molinete — a la que se llamaba mediacaña y que agregada a las figuras clásicas: demanda, reja, cadena y cielo, dio nombre a esta danza, en la cual el aire vivo se hizo muy ágil, con castañetas (chasquido de los dedos pulgar y mayor) y un zapateado o escobilleo con los pies, del hombre, y cabriola, llamado betún.

Fernando O. ASSUNCAO

(Especial para EL DIA)

CONTRADANZA INGLESA, PARA GUITARRA. AUTOR DESCONOCIDO. MANUSCRITO DE 1830 APOX.
(COLECCIÓN DE LAURO AYESTARÁN) (EXTRAÍDA DEL LIBRO "LA MUSICA EN EL URUGUAY" de LAURO AYESTARÁN)

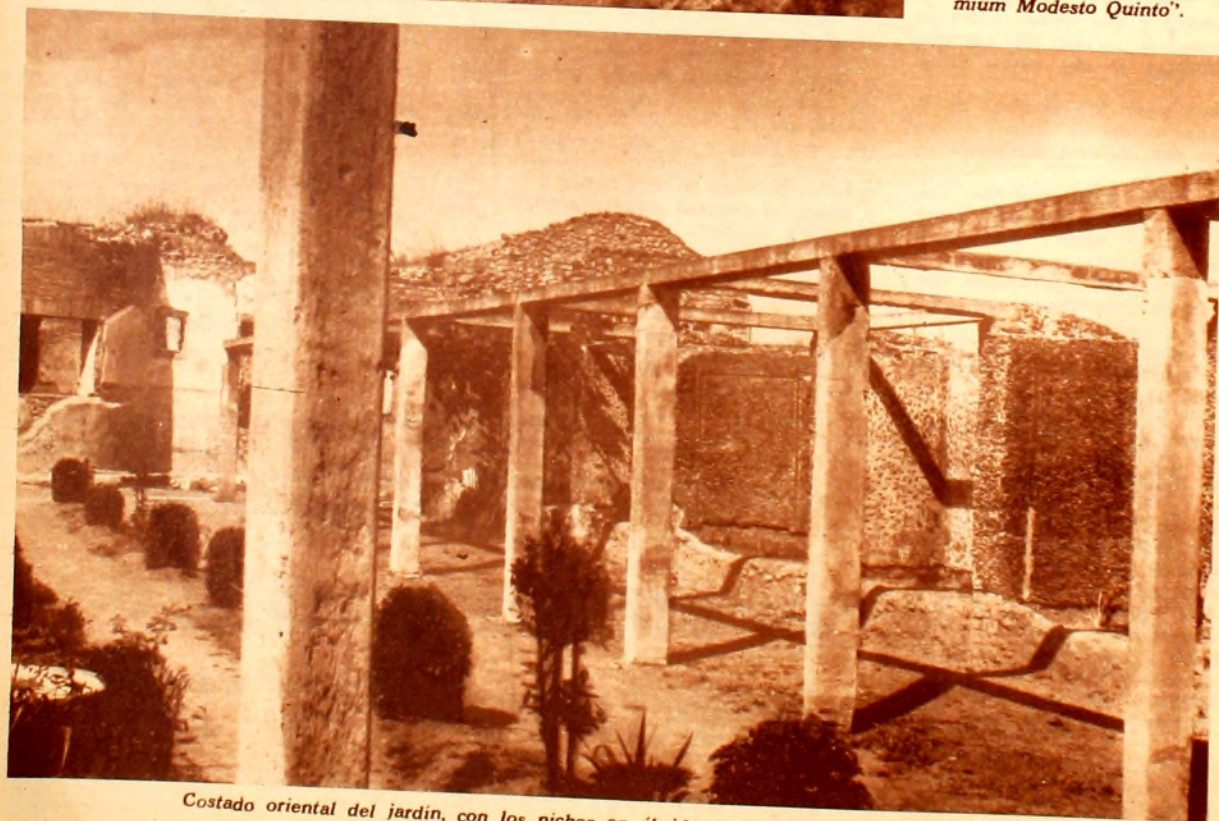




Pórtico, — lado occidental del jardín — con las columnas cuadrangulares en mármol coronadas de capiteles corintios. En la sombreada galería se abren habitaciones, entre ellas el gran "triclineo".



Inscripción en el frente de la casa, con el nombre de quien tenía en arriendo los servicios de baños: "Postumium Modesto Quinto".



Costado oriental del jardín, con los nichos en ábside y el armazón de la pérgola.

ENTRANDO en Pompeya por su ángulo Sud-este; atravesando por una avenida rodeada de acacias y oleandros que bordea el Gran Anfiteatro o Estadio y guiando hacia el Norte por una callecita secundaria de centenar de metros, se llega a la Calle de la Abundancia, espina dorsal de la Ciudad Muerta.

Esta parte de ruinas ha sido traída a la luz en fecha relativamente reciente, y sus alrededores presentan aún el aspecto de canteras en actividad, con sus acantilados de cenizas, arena volcánica y piedra pómez que el picón y pala van disgregando en procura de los despojos que apasionan.

La zona constituye el flanco oriental de la localidad. Está en la vecindad de los muros que antiguamente protegían por ese lado el centro habitado, asimismo como el gran Anfiteatro a que ya nos hemos referido y cuyo flanco Este se apoya en los propios paredones de la muralla.

Es en este barrio donde encontramos la amplia y sonriente casa de Julia Félix. Sonriente, aun saliendo de su sudario de escorias, porque dispone de amplitud, de jardines, de galerías sombreadas, de pérgolas, de puentes, y sobre todo de un amplio espacio destinado para huerto a los fondos de la residencia y lindando con la plazoleta o foro Boario, interpuesto con el gran campo de lidia a que ya nos hemos referido.

La casa de Julia Félix, es la que aún hoy elegiríamos para residencia de fines de semana, a veintidós kilómetros de Nápoles — como quien dice Carrasco, con relación al centro montevideano —, si una hada buena nos diera elegir para nuestro reposo como máxima aspiración sibaritica, entre las mansiones señoriales de Pompeya.

Contrariamente a las demás residencias del lugar a que ya nos hemos referido, o de las que nos ocuparemos en

DE NUESTRO MUNDO ANTIGUO

LA CASA DE JULIA FELIX

sucesivas páginas, la casa de Julia no sufre el ahogo de la ciudad; la inquietud de vecindad estrecha; de construcciones estranguladas por los edificios inmediatos como majestuosas encinas envueltas en enredaderas que las aprisionan.

Allí, en la antigua propiedad que nos ocupa, el espacio soberano. Cada elemento ofrece su propia personalidad, sin constituir soluciones arquitectónicas forzadas en la lucha perentoria entre necesidades y superficie disponible.

En realidad, la residencia había sido desenterrada dos siglos atrás, en 1755, por los Borbones, que retiraron de ella las obras de arte más importantes, esculturas y frescos que la vestían, volviendo luego a sepultarla para librar la vecindad de los montes de material volcánico resultante de las excavaciones y proceder a otras inmediatas. Para los Borbones, Pompeya y Herculano no eran sino restos de naufragio sin otro interés que el de los objetos que se rescataran.

Fue en el año 1952, siguiendo un plan armónico y criterioso de excavaciones, que la casa de Julia Félix fue de nuevo exhumada y adquirió así la ciudadanía arqueológica dentro del complejo urbano de la antigüedad, en la falda del Vesubio.

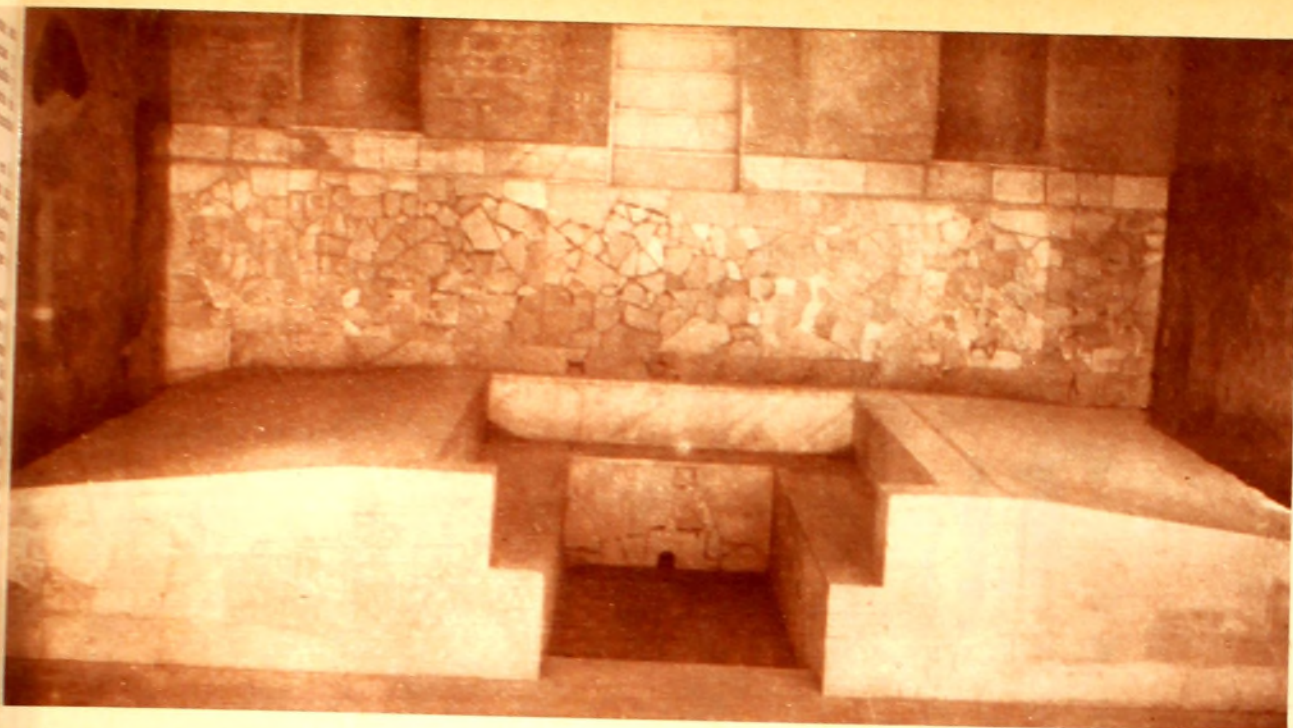
En su época de vida y de esplendor, la casa, amplia como era, estaba destinada a residencia de la propietaria, en parte; otro sector funcionaba como baños públicos de categoría, y tenía, además, anexo — o posiblemente se trataba de alguna otra actividad independiente — servicio de bar y de hostería.

De estas ocupaciones, dan razón las inscripciones que aún se conservan en el frente de la casa que da a la calle principal.

La vereda se alza como medio metro por encima de la calzada de la calle de la Abundancia. La puerta principal se destaca por sus dos sólidas columnas cilíndricas, de ladrillos, en parte reconstruidas revistiendo las jambas, y un frontón del mismo material sobre el dintel.

A costado, con escrituras en el estuco de la pared externa, en parte bien conservadas, se hace reclame de los servicios de baño que llegan a calificar de venerum — dignos de Venus —, por la comodidad del local y por la solitud y cortesía que se prometía a los clientes.

Se entra a un patio cuadrangular rodeado de pórticos y abierto en el centro; el clásico atrium de las casas de la época. Vemos, a la sombra de sus galerías cubiertas con tejas, en primer término, entrando, a la izquierda, dos lar-



Triclíneo principal, cubierto de mármoles. En lo alto y fondo de la pared, una escalerilla del mismo material que servía de cascada para la caída del agua que refrescaba el ambiente.



Entrada principal de la Casa de Julia Félix, por la calle de la Abundancia.

Los bancos contruidos en albañilería, que servían para los clientes de las termas en espera de ser atendidos. En el ángulo opuesto, otras dos obras destinadas, la una para Caja, y la otra, según nos explican, para guardarropa.

Se pasa luego a una gran sala, el *apodyterium*, donde los usuarios se despojaban de su ropa. En su torno, se disponían el *frigidarium* o ambiente pequeño, descubierto en lo alto, para los baños fríos; el *calidarium* — como su nombre lo expresa —, destinado a los baños calientes, y el *laconium*, especie de servicio para los baños turcos.

De este centro funcional, se sale a un ambiente descubierto, con una piscina de regulares dimensiones; y de aquí, hacia el fondo y derecha, por un estrecho pasadizo en arcadas, se aboca al peristilo o jardín, ambiente amplio y elegantemente dispuesto, con una gran pileta longitudinal tendida de uno a otro extremo, *euripus*, ricamente bordeada

de mármoles, y que posiblemente se destinaba a la piscicultura.

El ala derecha está costeadada por un pórtico con columnas en mármoles, cuadrangulares, sosteniendo el pórtico al que se abre toda una sucesión de habitaciones y dentro de las que se destaca un gran triclinio o comedor, con sus planos de reposo de los comensales en el acto de las comidas, finalmente recubiertos de mármoles.

El ala izquierda del jardín, en vez, ofrece en la pared toda una sucesión de amplios nichos en ábside abiertos a una glorieta, y que en su época de apogeo debieron de ofrecer probablemente, a los clientes de mayor categoría, descanso prolongado y amable lascitud entre las sombras frescas del follaje.

La parte alta de la casa aparece, hoy, en ruinas, poco

o nada se conserva de ella. Posiblemente, en su tiempo, se le destinó a habitaciones de la posada.

No es fácil determinar, en la amplitud que la propiedad nos ofrece a consideración, los límites que correspondían a uno u otro sector de las tres actividades a que se le aplicaba: baños públicos, hostería y morada de la dueña.

Probablemente, algunas de las reparticiones eran usadas en común, como el gran jardín o peristilo, que constituye el centro arquitectónico, vital y de desahogo del establecimiento.

Juan RASO

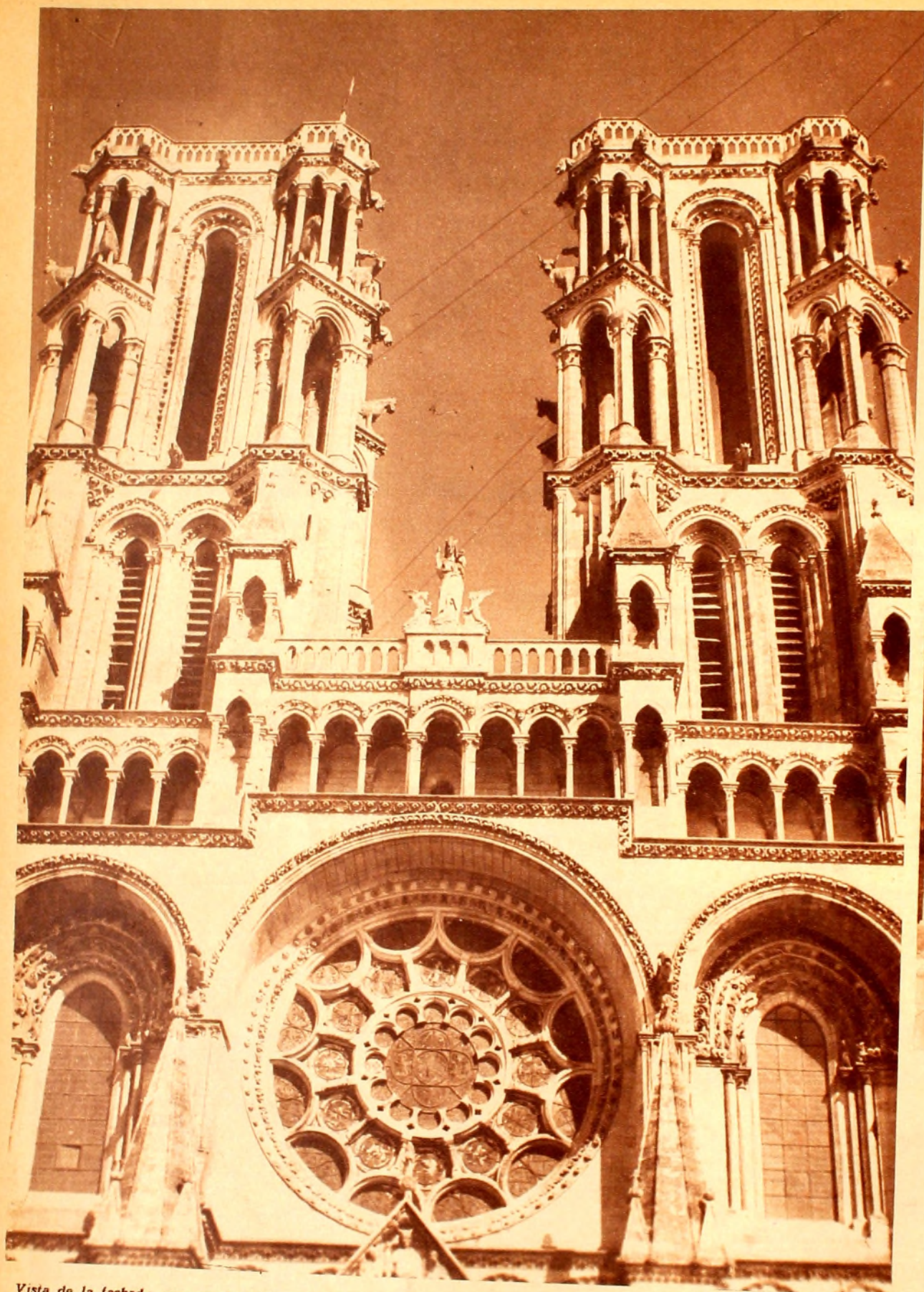
—Nápoles, mayo de 1965

(Especial para EL DIA)

(Fotografías del autor)



Pórtico "euripus" y al fondo, los locales de baño.



Vista de la fachada, con sus dos torres, en cuyos costados se aprecian monumentales esculturas de bueyes, destinadas a perpetuar el recuerdo de los que transportaron hasta la cima de la colina, los materiales de construcción.

Las torres de Laon, vistas a la distancia, son como estandartes que llevan a lo lejos el justo orgullo del hombre.

Auguste RODIN

La ciudad de Laon, se halla al N.E. de París, un poco más lejos que Soissons, en una meseta de 180 metros de altura, desde la cual se domina toda la región circundante. Por esa condición topográfica, fue en el pasado una magnífica plaza fuerte; hoy es una silenciosa y aislada ciudad de apenas 27.000 habitantes, pero que conserva para los cultores del arte principalmente, un interés singular: por su Catedral, por sus antiguos monumentos y por una atmósfera especial que se desprende de sus viejos barrios, conservados casi intactos hasta nuestros días.

Al aproximarnos por la carretera, vemos emerger en medio de los campos, esta extraña colina — "islotte terciario", dicen los geólogos — y pedestal en el que se destaca, nitidamente, la silueta majestuosa de la Catedral. En conjunto, la elevación tiene forma triangular, uno de cuyos lados está orientado en la línea E-W. y el vértice opuesto se halla al S. Las calles tortuosas siguen el trazado de las antiguas murallas y significa todo un placer recorrerlas, para descubrir admirables perspectivas de la ciudad y de los alrededores.

La gente, en general — como ocurre en todas las poblaciones de "provincia" en Francia — se recoge temprano y recuerdo perfectamente la extraña impresión que me produjo vagar por esta ciudad aparentemente "muerta", cuando todavía llegaba luz diurna.



Los tres

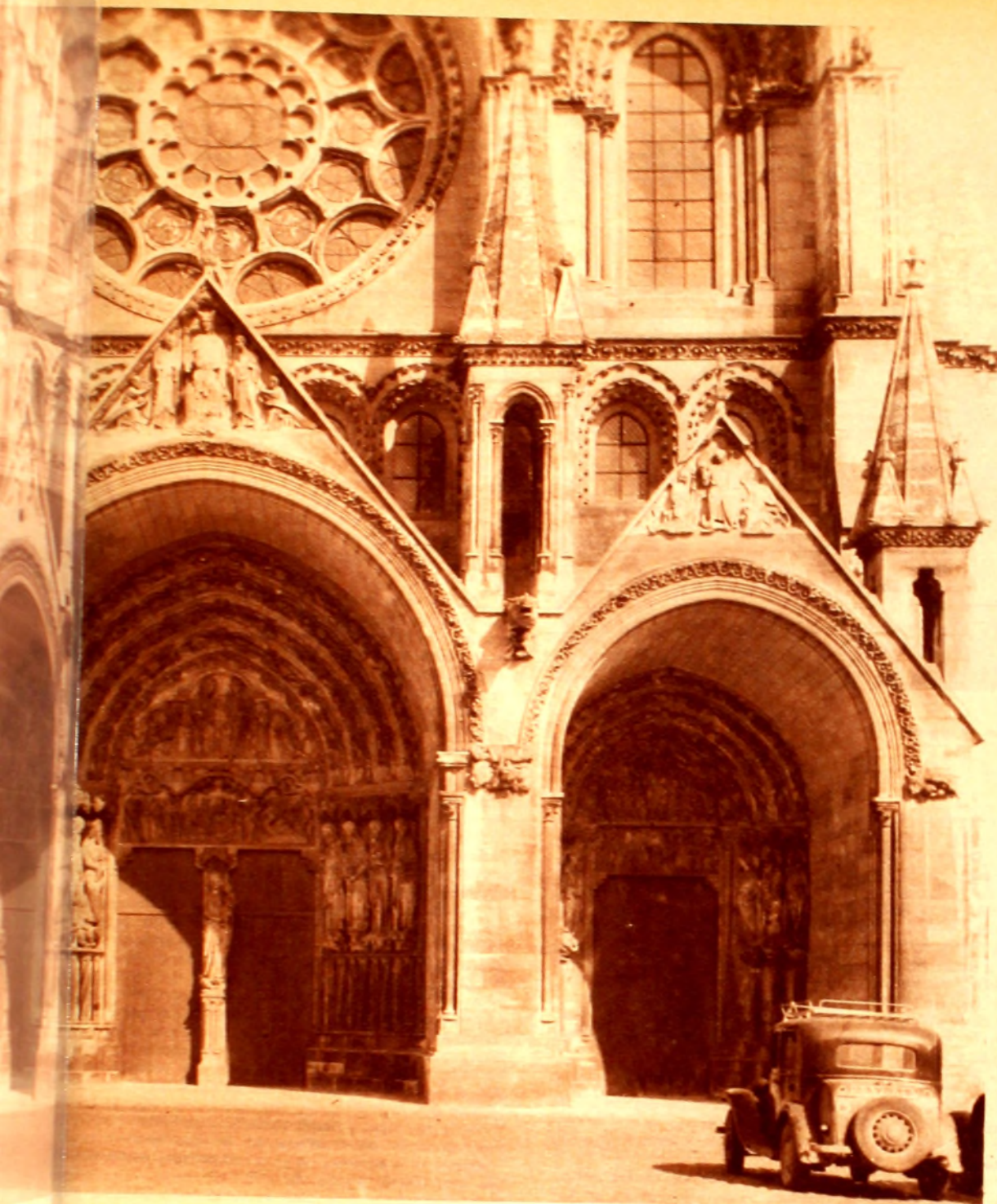
OTRA D NOTRE

Pero la verdadera atracción, claro está, reside en la Catedral. Empezada a construir en 1160 — tres años antes que Notre-Dame de París —, revela lo que el arquitecto gótico debe al románico y presagia las audacias constructivas que se llevarán a cabo poco después.

La planta, en cruz latina, ofrece un transepto muy saliente, elemento que irá disminuyendo paulatinamente hasta desaparecer, como ocurre en la Catedral de Bourges. Llama la atención, por otra parte, el ábside recto — característica muy común en Inglaterra —, ornado de una bella rosa y tres ventanales, lo que da al coro una luminosidad desusada, como puede apreciarse en la foto que tomé del interior del templo.

Las columnas que sostienen las bóvedas — a semejanza de Notre-Dame de París — son cilíndricas, con capiteles corintios y dan una sensación de robustez que en realizaciones posteriores se irán aligerando.

La fachada principal u occidental, tiene rasgos que más tarde se imitarán: por ejemplo el Portal Sur de Chartres, tiene un parentesco innegable con éste. Consta de



... de acceso, parecidos a los del Portal Sur de Chartres.

«GRANDES» DE FRANCIA: CATEDRAL DE LAON

...dos porches de acceso, techados con arcos de
...to, tímidamente quebrados, sobre los que se
...tes esculpidos. Inmediatamente encima, se
...a Gran Rosa — la primera que se construyó —,
...mentales. Los vitraux de la misma no son los
...en cambio los de la Rosa del ábside, son los
...del siglo XIII.

...cando el conjunto, se ve una galería que, a
...de la de Notre-Dame de París es quebrada, "au-
...quebrada", dice un autor. Como coronamiento
...da, se elevan las dos torres hasta 56 metros de
...ando cada una de ellas, con singular gracia, de
...adrangular a la octogonal. En total posee siete,
...as de las de fachada señaladas, hay dos en cada
...el transepto, más una torre linterna en la inter-
...la nave y el crucero. Esta, de influencia norman-
...base cuadrada, iluminada en cada uno de sus
...dos ventanas y techada en forma piramidal. La
...ma sola de ellas llegó a ser realizada pero, des-
...ante, fue destruida en 1793.

Villard de Honnecourt, arquitecto francés, escribió en 1235 un "cuaderno de notas" sobre las construcciones de su época, sumamente instructivo para el conocimiento de la arquitectura medioeval. En sus páginas figuran dibujos de detalles estructurales de una de las torres de fachada de la Catedral que nos ocupa, que habían llamado su atención, así como diversos croquis de los bueyes esculpidos en los ángulos y, sobre todo, estas expresivas palabras: "He recorrido muchos países, como se puede ver por este libro, pero nunca he visto otra torre que iguale a ésta".

Al alejarnos de Laon, nos hacemos eco del pensamiento de Rodin, que extasiado en la contemplación de esta inolvidable catedral, decía:

"Las bóvedas son alas de pájaro.
Miro estas bóvedas largamente, y no me canso.
Me parece que, yo también, tengo alas".

Arq. César J. LOUSTAU

(Especial para EL DÍA)

(Fotografías del autor)



Detalle escultórico del portal central. La estatuaría mutilada durante la Revolución Francesa, fue objeto de sucesivas restauraciones.



La nave central, con su característico ábside recto. Tiene interiormente 118 metros de largo, 30.65 de ancho en el transepto y 24 metros de alto.



Perspectiva general de la ciudad.

LA imponente meseta anatolia es quebrada, aspera. Los valles resultan pequeños, encerrados entre montañas aisladas y cadenas orográficas de altura dispar; éstas se extienden suavemente, como abanicos, o se yerguen con vigor, con pujos dramáticos, para alcanzar la nieve y rozar las nubes altas. Desde la altura, gracias a la perspectiva amplísima y lejana que el avión ofrece, parece una tierra bulente. En el acercamiento directo, desde la relación posible por los sinuosos caminos y las carreteras que atraviesan, toda el Asia Menor, como intestinos artificiales, lo geográfico adquiere otra dimensión vibrante. La variedad es el tono; y a lo insólito de las presencias paisajísticas que se ofrecen por los incontables recodos de las rutas, se agrega la intensidad del riesgo y el gozo. Riesgo porque las curvas son cerradas y la perspectiva del camino, parcial, se halla oculta por elevaciones ríspidas y abierta desde los acantilados. Gozo por la misma razón de ese acuciante y sostenido peligro del andar, pero también de los recortados accidentes de la tierra y la roca, siempre deslumbrantes.

Yo sabía que era factible y comprobable la presencia heterogénea de paisajes vecinos colindantes, que no dan sosiego a la apetencia de ver y descubrir; pero ignoraba que las montañas podían tener todos los colores y com-

partir apretadamente su irrealidad. Anatolia posee naturalmente, con exceso que no agobia, esa característica imposible. Desde las elevaciones y depresiones bruscas, blanco ceniciento, de la Capadocia hasta las colinas y picos, teñidas de lias, rojos oxidados, azules y castaños en gama infinita, de la Misia, la Frigia, la Magnesia, la Troada y doquiera. Son comparativamente escasas las regiones amplias donde se facilita la agricultura extensiva; pero existen y están explotadas. También se saca partido, con más esfuerzo, naturalmente, de esta cruda y dura topografía. Y se desarrolla, con pausa, entre otros planes, la forestación de la montaña. Pero esta actividad acrecienta, en todo caso, la riqueza visual, la audacia cromática, de tantas arrugas y verrugas de la vieja tierra rocosa.

*

Entre aquella variedad seca, a mitad de camino entre Esquisehir y Estambul, se encuentra Bursa, en un vergel precioso; Bursa, la verde. Y el adjetivo admite varios alcances.

Ella está, efectivamente, dentro de los verdes múltiples de una vegetación húmeda, entre zonas secas, de pizarras claras y tierra siena; y aparece, brillante y acogedora,

BURSA

como un remanso o como un oasis. Pero un oasis absurdo porque no contrasta con el desierto, que no existe, ni enquistado en la soledad. Es el campo de labranza; es el campo cuidado de las zonas deportivas modernas, son los parques y los árboles que bordean las avenidas, que puntúan las plazas y plazuelas, que acompañan las fuentes, que se encaraman en las colinas, que se aquietan en los cementerios solemnes, cerca y lejos de los monumentos; el que el país lo admite. Y si Estambul y Edirna ostentan con orgullo sus mezquitas azules, Bursa impone la brillantez maltada de su mezquita y su tumba verde

*

No es ciudad famosa; esto es: no está señalada por la propaganda porque, quizá, no fue descubierta ni apreciada en la medida que merece. No hay, para ella, campo de turismo; tampoco atrae, como Konya, por razones religiosas y la programación de festivales y conmemoraciones culturales y poéticas. Ello la salva, por ahora, del extremo espectador, inquieto, de los autobuses nutridos de germanes y suecos con guías metódicos. La ciudad no se sienta en el escenario ni ha entrado en el juego de las especulaciones. No se ofrece; pero recibe. Y es cordial sin violencias, sin sobrecarga de propósitos escondidos, con vistas a la explotación. Por eso mismo, su humanidad cierta es tan auténtica y alegre, tan entregada y carente de eufemismos y sofisticaciones.

Pero es, no obstante, ciudad famosa. Su historia registra tanto o más rica que la de Estambul, Kayseri o Konya. Allí se afincaron tribus vinculadas a los frigios, antes del segundo milenio. Y en la etapa de Prusias I, rey de Bitinia, se llamó Prusia de Olimpia. Tuvo su instancia romana, fue evangelizada por San Andrés, Justiniano construyó, entre sus aedaños, un espléndido edificio termal y la fama y la riqueza cierta de las aguas subsiste. Su tenencia fue varias veces discutida por bizantinos y turcos seljúcidas. Osman Gazi, fundador de la dinastía otomana le impuso un desarrollo y su sucesor en la línea dinástica entró en ella, y el sultán, para ubicar allí la capital del Imperio, que también discutieron los turkomanos conducidos por Tamerlán. En el complejo acontecer, tantas etapas diversas de esplendor, dejaron, naturalmente, su huella. Por otra parte, allí se instalaron algunos de los más importantes sultanes turcos y dejaron su impronta en edificios singulares.

Quizá Bursa contenga a varios de los santuarios más exquisitos del culto musulmán, dentro de la arquitectura otomana. También es evidente que la experiencia arquitectónica que se llevó a cabo, durante la etapa de su esplendor, afirmó un carácter diferenciado a la edificación, sin la impronta inevitable del ejemplo bizantino. Pero, a lo que se siente, es el cementerio de la Muradiye lo que constituye el centro más destacado de su aporte monumental. En las varias zonas tumbales en la serie de colinas; algunas se abren con balcones de maravilla sobre la perspectiva de la ciudad en movimiento y llevan la vista hacia los campos fértiles que la rodean. La erección de un edículo reconstructorio de ese tipo, es muy cuidada y al hacerlo, se resalta cualquier otra empresa de gran compromiso estilístico. Si por otra parte, puntos de atracción permanente para el musulmán más allá de toda conmemoración política, por su entidad religiosa que suponen. De ahí que interese tanto



La calle que enfrenta a la Mezquita de Murat I.



Una calleja escalonada.

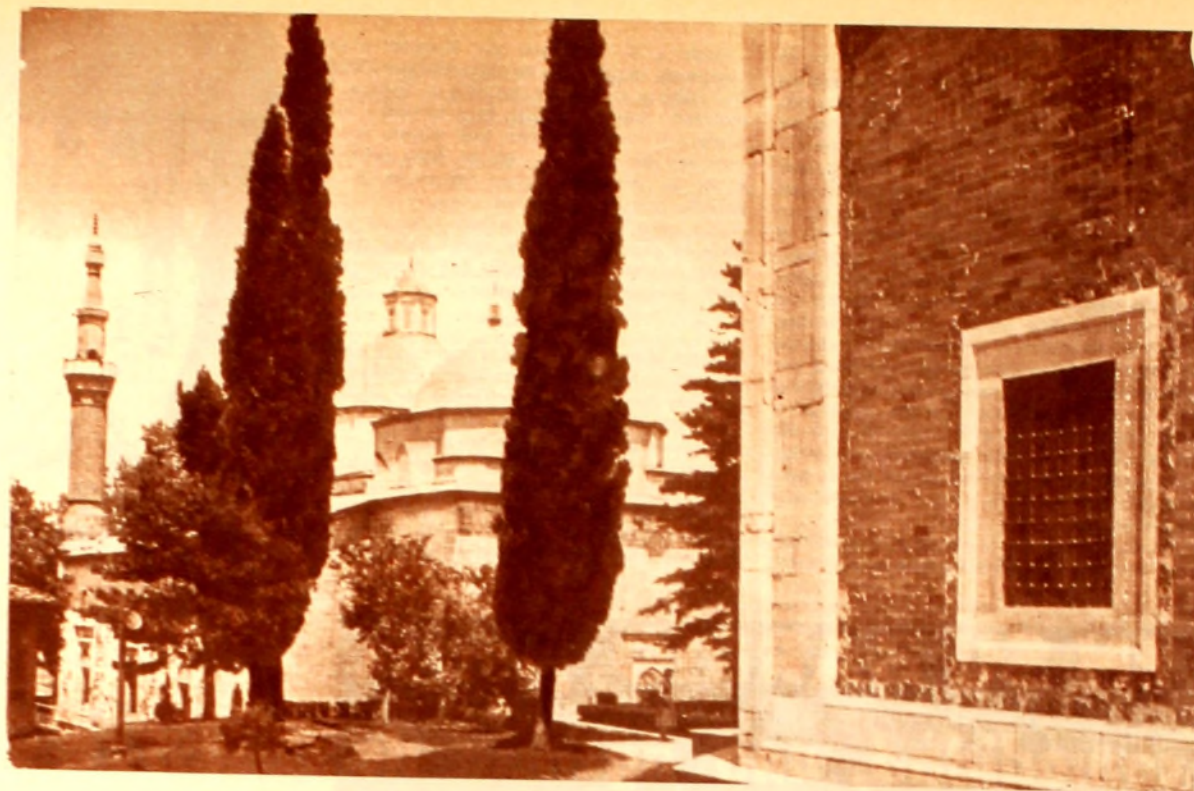
A VERDE

amiento y la mejor visión de estos lugares, donde las líneas del diseño se utilizan al máximo en el delabrado de la piedra, pinturas, textos, mosaicos, alicatado, perfil de ventanas, animación de las bóvedas. En la vera de la mezquita de Murat I, en zona muy alta, muy apartada y quieta, encerrada en la altura, espectáculo, se extiende el cementerio. Es un jardín de azcon extraño acento italiano: como si el Generalife hubiera resuelto en Verona, sin traicionarla. Y no sé decirlo de otra manera. Los cipreses se levantan, sutiles, como cirios oscuros y vivos, apuestos al boj recortado y los cipreses. Las fuentes y las acequias se ubican doquiera, con orden severo; y al canto de los pájaros se suma el agua corriendo, saltando gorosa o deteniéndose, manando las albercas. Los mausoleos, de volumen reducido se elevan en el paisaje menudo, pero bien diseñado, rigurosamente compuesto. Son como esculturas sin figuración, con un solo augusto. Los aleros sobre las puertas de tracería visible, dibujan el ensueño y la imaginación despierta. El paisaje admite los admite como realidad. En el interior, los arcos severos, con la enhiesta alegoría del hombre y los atributos imperiales, se afirman al suelo; están acomodados de otros o no; están rodeados de ornamentación clásica; alguna vez, el techo se encuentra abierto porque voluntad de; sultán quiso que el agua de la lluvia momentáneamente su lugar de descanso y roñera el embudo de su poderio pasajero. Los espacios enjardinados cortan; el terreno quebrado se normaliza con planos horizontales y escaleras suscitadas; cada rincón tiene su carácter, la variedad múltiple no impide el sentido unitario total. Se agradece, al fin, que falten las grandes avenidas y que se haya dado un toque tan sustancial, tan impresionante y activo a lo íntimo. El murmullo de las corrientes de agua, del movimiento de las ramas de los árboles no quiebra la firmeza del silencio; de éste, por el contrario, un acento. Y uno se queda quieto por el asombro, pero, sobre todo, porque advierte que punto, allí no cabe el bullicio. Hablar fuerte, moverse con prisas, sería un atentado. Nada lo describe por ley escrita; es la norma que impone el sitio.

*

¿Cómo podría darse una idea de la belleza sutil de una ciudad de tan poca escenografía? No es fotogénica; también por ahí se define su encanto. De otros lugares del mundo, basta mostrar algunas imágenes y ensayar un inventario. Aquí, eso, sólo es factible en parte: en la Iesil Yamii y la vecina Iesil Türbe (las ya citadas mezquita y tumba verdes), de superficies brillantes, caídas por la vidriada del recubrimiento cromático; se emplazan en esta zona alta, se rodean de jardines y se ligan por escaleras; frente a la primera, la fuente de abluciones techada como una joya en alabastro y contra un balcón hechizado. Luego, caro está, la Mezquita del sultán Beiazit Iildirim y la severa Ulu Yamii, la Grande, en zona baja, cerca del río abierto, extenso. Pero, pese a ser tan hermosas y tan bien el enfoque de una cámara, quizá tengan menos ventaja en la misma Turquía. Además, son centros urbanos. Y Bursa vale en la totalidad indescribible de su desarrollo.

Ya cuando se mira el plano de la ciudad, cuaja el asombro. No hay una calle regular, rígida de trazado, salvo



La Tumba y la Mezquita Verdes.

en trozos. La norma es el recorte caprichoso con los desarrollos. Van extendiéndose como meandros de un río; y se aprietan. Las vías son tortuosas, sorprendidas; y angostas o anchas, sucesivamente; se abren en plazuelas encantadas con algún árbol, con alguna fuente o sin nada. Trepan siempre y siempre entregan un nuevo toque de color, un nuevo diseño, un volumen diferente. No cuentan por partes; no se las puede contener en una toma fotográfica. Estas permiten aspectos parciales que aparecen pobres, inevitablemente. Porque la validez inquietante de cualquier recorrido está en el descubrimiento moroso, de nuevas cuevas, de escaleras, de construcciones, de espacios. Y todo se sucede y encima; y, al fin, se impone por la continuidad vital, rica, extraña.

El plano sugiere, además, cómo es posible perderse en aquella intrincada tracería via. Pero, de inmediato, la seguridad de que tal aventura acontezca, es un incentivo más. De ninguna manera adviene el temor, sino la incitación. ¿Qué podría ofrecerse mejor, en aquel hechizo, que la probabilidad del discurrir continuo, sin norte ni guía? ¿Qué más satisfacción que esa inevitable fatiga de subir y descender, de tropezarse y estar, de saborear la belleza menuda que no se asienta en nombres famosos, que no

persigue monumentos formidables, sino que está en lo cotidiano, en lo cotidiano?

Tampoco el bazar tiene la jerarquía y la prestancia teatral de otros, aunque se mantengan en él, zonas techadas de vieja historia. Pero pocos existen en el Medio Oriente que ofrezcan tanto. Y no me refiero, entendámonos bien, a la posibilidad de adquirir objetos. Ciertamente que allí son famosos los cuchillos y bellísimas las alfombras populares, los paños bordados, las joyas; pero es el ajeteo continuo, sin excesos gritados, la variedad de los productos, el color, lo que importa para distinguirlo como cosa viva, excitante. Montañas de frutas; rimeros de pulseras de oro; y gente activa y serena que lo anima; a todo eso se mezcla uno sin esfuerzo, sin sentirse espectador, sin quedar afuera, sin el atractivo trivial de exotismos fuertes.

Bursa, la verde, es accesible con recato, como una mujer seria; y frecuentarla implica entrar en ella; embrujo, porque es algo así como gozar un ejemplar único de artesanía, pero desde dentro, habitándolo.

F. GARCIA ESTEBAN

(Especial para EL DIA)

(Fotografías del autor)



¿Plazuela, calle, escenario?



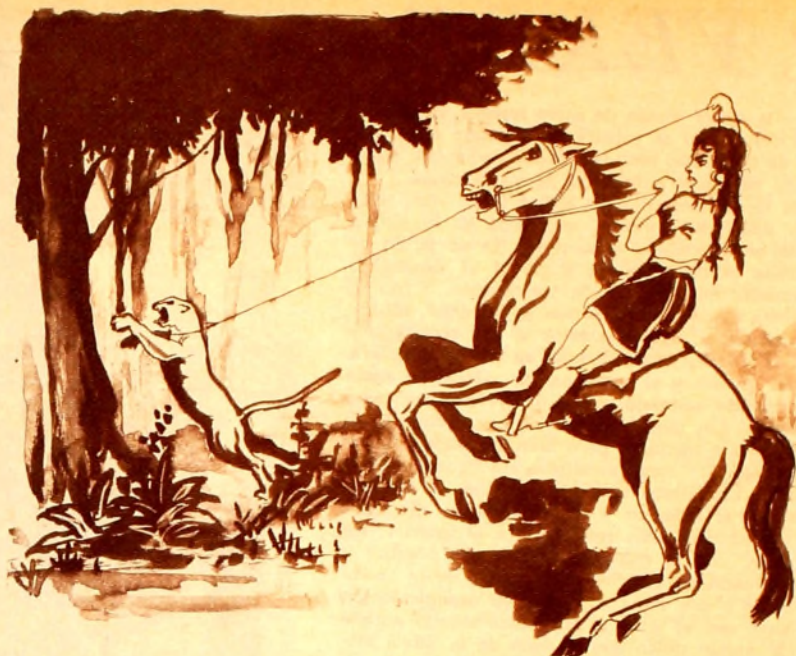
Un rincón urbano cualquiera en lo alto de una colina.

JOSE Brito del Pino en su Diario de la Guerra del Brasil, relata que el maestro Manuel José de Rosa de la posta del teniente Rosa, situada sobre el Río Uruguay —probablemente a la altura del Mbopicuá— les dijo "que había un tigre cebado que le había sacado animales hasta dentro del corral y por último le había muerto un viejito que tenía cortando madera en el monte. Dice que él acostumbraba mandarle agua caliente temprano para tomar mate, mas ese día, el negro encontró el rancho vacío y con alguna sangre; le avisó y fueron al monte con perros y encontraron el cuerpo del viejito todavía palpitante y ya tenía comido parte del pecho, de la cara y del brazo izquierdo. Lo recogió, lo hizo enterrar y cerró perfectamente el cuarto. Al otro día fue a ver y halló un agujero en el techo y las pisadas del tigre dentro, lo que le hizo presumir que volvió a ver si encontraba otra presa."

Brito del Pino narra en otra oportunidad, que el coronel Manuel Lavalleja que había

legado a la Secretaría del Ejército a dar cuenta en nombre de su jefe, Manuel Oribe, del fracaso de la persecución a Rivera, le expresó: "aquí me tiene, bien cansado, bien comido y bien asustado: esto último me lo ocasionó un tigre que en un paso saltó de entre las maniguas sobre las ancas de mi caballo que empezó a corcovear y arrojó el tigre, pero habiéndole bajado con las uñas toda la carne desde las ancas hasta dejárselas colgando. El caballo fue preciso matarlo porque no podía vivir."

John Mawe, comerciante inglés que arribó al país antes de las invasiones inglesas, internado luego por sospechársele de espionaje, hasta Barriga Negra, decía en sus memorias refiriéndose a nuestro país: "Se puede juzgar la falta de cultura de este vasto territorio por el gran número y las diversas especies de animales salvajes que viven en él. Los tigres, las onzas y los leones son comunes. Los primeros son animales pesados



HISTORIAS DE TIGRES

ILUSTRO RUBEN W.

EN SU BARRIO, para su comodidad, una agencia de AVISOS ECONOMICOS de EL DIA

CIUDAD VIEJA

25 de MAYO 589

CENTRO

RIO BRANCO 1212

18 DE JULIO y YAGUARON

CORDON

18 DE JULIO 2022 bis

(Ag. Petraglia)

PUNTA CARRETAS

Y PARQUE RODO

BRITO DEL PINO 810 esq.

21 DE SETIEMBRE

CONSTITUYENTE 2007

POCITOS

JUAN B. BLANCO 914

MALVIN

ORINOCO 5048 y MICHIGAN

UNION

Avda. 8 DE OCTUBRE 4062

Avda. 8 DE OCTUBRE esq.

ABREU (Kiosco Unión)

Avda. 8 DE OCTUBRE esq.

PIRINEOS (Kiosco Maroñas)

GOES

Avda. GRAL. FLORES 2942

Avda. GRAL. FLORES 4996

PASO MOLINO

Avda. AGRACIADA 4109

AGUADA

SIERRA 1975 esq. MIGUELETE

(Ag. Lagleyze)

REDUCTO

GUADALUPE 1490

MONTEVIDEO

RIVERA

Avda. RIVERA 2621

CERRO

Av. CARLOS M. RAMIREZ 1686

esq. GRECIA

SAYAGO

Avda. SAYAGO esq. ARIEL

(Kiosco Sayago)

COLON

Avda. GARZON 1911, frente

Pza. Vidiella (Florería)

EN EL INTERIOR

CANELONES

TREINTA Y TRES esq. RODO

Plaza 18 DE JULIO

(KIOSCO ISNALDI)

SANTA LUCIA

BAZAR "EL TREBOL"

RIVERA 488 bis

LA PAZ

Avda. BATLLE Y ORDONEZ 215

(BAZAR JORGITO)

LAS PIEDRAS

Avda. ARTIGAS Y LAVALLEJA

(KIOSCO LUISITO, PLAZA)

Estación FERROCARRIL

(KIOSCO LUISITO)

PANDO

Gral. ARTIGAS 895

PARQUE DEL PLATA

Calle 2 esq. H

y perezosos. La presa principal es el ganado joven que encuentran en tan gran abundancia que raramente atacan al hombre: he ahí por qué no son peligrosos para el viajero a caballo, salvo que se aproxime por descuido a la guarida en que una hembra está con sus pequeñuelos."

Peregrina la opinión de nuestro viajero al juzgar de la cultura del país donde residía ocasionalmente, según era la abundancia de las fieras que se guarecían en los montes y pajonales de su despoblada campaña.

La espesura y abundancia de los montes nativos formados en las numerosas hondonadas y valles de un territorio asaz quebrado, así como aquellos que bordeando las corrientes de agua las ceñían de silencio y soledad, explican la existencia y multiplicación de estas fieras que sin duda alguna hicieron siempre riesgoso el aventurarse por sus inmediaciones.

Relatos costumbristas de viajeros que visitaron nuestro país a fines del siglo XVIII y principios del XIX, describen escenas y episodios motivados por la presencia y la intervención de las fieras que lo habitaban.

La caza del jaguar y del yaguaréte para beneficiarse de sus hermosas pieles, constituía asimismo una actividad frecuentemente ejercida por gauchos diestros que las vendían en la plaza de Montevideo donde eran acopiadas para la exportación o se destinaban al consumo interno. En efecto, hubo época que era considerado de buen gusto almorzar con pieles de tigre el estrado del salón patricio donde nuestros mayores reunían sus amistades o relaciones. Eran también infaltables en el apero gaucho, piezas tales como cabezales de recado, caronas, sobre - puestos, etc., con aplicaciones de piel, procedente de estas fieras.

Uno de estos narradores más o menos fidedigno, llevado por la admiración que le producían las hazañas de algunos de estos cazadores, los llama gladiadores. Ateniéndonos a su información, estos gauchos salían a provocar y enfrentar al tigre llevando en la mano izquierda —cuyo brazo envolvían en una piel de carnero para evitar la acción de las garras— un hierro de escasa longitud,

aguzado en sus dos extremos, el que introducían audazmente en las fauces de la fiera impidiéndole cerrarlas, y en la diestra el palo de dos pies de longitud —el garrote— con el que luego descargaban un fuerte golpe sobre la espina dorsal del animal, el que caía de inmediato sin vida. (1) Luego dice que habría evitado consignar tales datos si no los hubiera recogido de boca de personas serias, dignas de toda confianza, etc.

"El jaguar —continúa— habita comúnmente los montes que bordean los ríos, arroyos, y sólo sale, para buscar su presa cuando la hembra está en celo, o bien durante la época de crías". "Entonces los gauchos lo encuentran en campo abierto, lo persiguen encarnizadamente a caballo hasta el momento que se acerca lo suficiente como para poderle arrojar el lazo, que usan con una destreza admirable. Si lo alcanzan, lanzan el caballo a toda rienda y lo arrastran hasta estrangularlo.

Isidoro De María en sus episodios de "Montevideo Antiguo" relata una imprevista visita que realizó al caer la tarde un grupo de cinco tigres que se presentaron en la ciudad, provocando el consiguiente pánico entre sus habitantes, y describe cómo la entereza de un vecino evitó el que una madre con su hijo en brazos sucumbiera víctima de su ferocidad.

El propio Mawe cita el caso de una mulata de los alrededores de Barriga Negra:

Acostumbraba desde su infancia a montar a caballo; se gloriaba de su habilidad en los ejercicios propios de los hombres, tales como enlazar animales, matarlos, etc.; era de una complexión masculina; se contrataba para hacer todos los trabajos de un peón y se desempeñaba a maravilla; era conocida sobre todo por montar de preferencia los caballos más briosos, que hacía correr a todo galope. Un día que al volver del trabajo atravesaba un arroyo, vio a poca distancia un gran tigre; sorprendida de que el animal no huyese, lo que sucede generalmente cuando ve alguno a caballo, se le aproximó apartando de él, sin embargo, la

coza de su caballo para estar pronta a salir si daba un salto. El tigre continuaba inmóvil y sin verla. Entonces, suponiendo que estaba completamente ocupado con algún objeto que acechaba, esperó unos minutos, después llevó su caballo retrocediendo hasta quedar a cincuenta pies del tigre, alcanzó el lazo tan diestramente que lo tomó por el cuello y salió al galope, arrastrándole a sí. Llegada a una distancia bastante considerable, juzgó que estaría muerto; descendió del caballo, lo desolló y llevó a su casa la piel en triunfo. El animal era del tamaño de un ternero de seis semanas. Esta historia de que se habló largo tiempo entre los vecinos, me fue contada por la misma "mulata".

Refiriéndose a la abundancia de fieras en las inmediaciones de la Merim, decía en 1835 el cartógrafo Andrés de Oyarbide: "Entre estos cerros y la laguna Merim hay abundancia de tigres, de forma que el destamamento del fuerte no sale de sus murallas, una noche en particular, sin un peligro evidente." Estaba por tal causa, como dice el redondo, vedada la salida del fuerte después del toque de oración: fue así que la garnición puede decirse que estuvo sitiada por las fieras durante 30 años.

Cabrera, por esa fecha dice que en los bos-

ques de la Merim hallaron, el 18 de diciembre, ocho tigres de los que mataron cinco con el auxilio del fuego que dieron al bosque y de los perros que los entretenían.

Y era tal la abundancia y despreocupación de las fieras ante la proximidad del hombre, que en cierta oportunidad llegó hasta la tienda del Comisario Alvear un hermoso tigre persiguiendo a uno de sus perros, y en otra, fue un león el que se presentó en la tienda donde se estaba oficiando misa.

Otro era el panorama en Santa Teresa, donde no existían montes ni espesuras que pudieran servirles de refugio; en cambio el llamado Potrerillo, terreno alto, montuoso, rodeado de bañados, junto a Laguna Negra, constituía una excelente guarida de tigres y pumas.

Hallándose aún en construcción la Fortaleza en 1775, se ofició a Vertiz que un hijo del capitán Fulgencio Alagón, que había salido hacia Potrerillo en compañía de un hermano, fue derribado por dos tigres que en medio de sus lamentos lo arrastraron hasta un bañado inmediato, intransitable, donde no fue posible rescatar su cuerpo, ni hallar otros rastros que la gorra y el cuchillo del infortunado Antonio, que tal era el nombre del hijo del capitán Alagón.

UN TIGRE VISITA AL Gral. ARTIGAS EN SU CAMPAMENTO DE LA COSTA DEL MATAJOJO

Refiere el coronel Ramón de Cáceres que el año 18 "marchaba el Gral. Artigas con una división de 800 hombres con el fin de sorprender una fuerza de los portugueses acampada a inmediaciones de Sta. Ana, y campamos al anochecer sobre la costa del Matajojo, en un lugar que llaman La Herreria. Empezó a llover y le hicieron a Artigas un rancho de arcos lo bastante para cubrirlo con un cuero, o un ijar. Artigas acostumbraba tener siempre cuatro o seis perros cuzcos que dormían con él, que se agazaparon debajo de su poncho, cuando empezó la lluvia. Ya estaba Artigas durmiendo — boca arriba — cuando sintió que le olfateaban los pies; creyó que fuese algún zorro, y por dos o tres veces lo espantó haciendo un movimiento con el pie; mas a poco rato siente un peso enorme sobre su cuerpo, y un fuerte olfateo sobre sus costados. Entonces descubre la cabeza, y ve que era un tigre el que tenía encima; hace un esfuerzo, se incorpora y echa al tigre con rancho y todo patas arriba. Al grito de Artigas se levantan todos los que estaban a su alrededor; el tigre se fue al monte llevándose por trofeo de su empresa, uno de los cuzcos de Artigas."

Hasta aquí, unas pocas de las numerosas historias y aventuras en las que participaron las fieras aborígenes, que ha recogido la tradición hacia fines del coloniaje. No obstante, no cerremos esta nota sin detenernos antes frente al cuadro que describe sumariamente Ramón de Cáceres.

En él está una vez más nuestro Artigas, padre de la Patria, en la línea sobria y austera del conductor, mezclado con su tropa que es su pueblo, en las durezas y privaciones del campamento; allí sin boato y sin el tren de jefe sobre la desnudez del suelo de la Patria dolorida, que esperaba legarnos libérrima y feliz; rebozado el guerrero hasta la altiva y noble cabeza donde alentara permanentemente el levantado ideal de los pueblos libres; allí, luego del incidente, envuelto de nuevo en su poncho de soldado, esperando la llegada del sueño que reparara fugazmente las largas fatigas, con el cigarro encendido en el tizón que le acercara el tío Lencina, su inseparable y leal asistente en tantas jornadas.

Atilio CASSINELLI

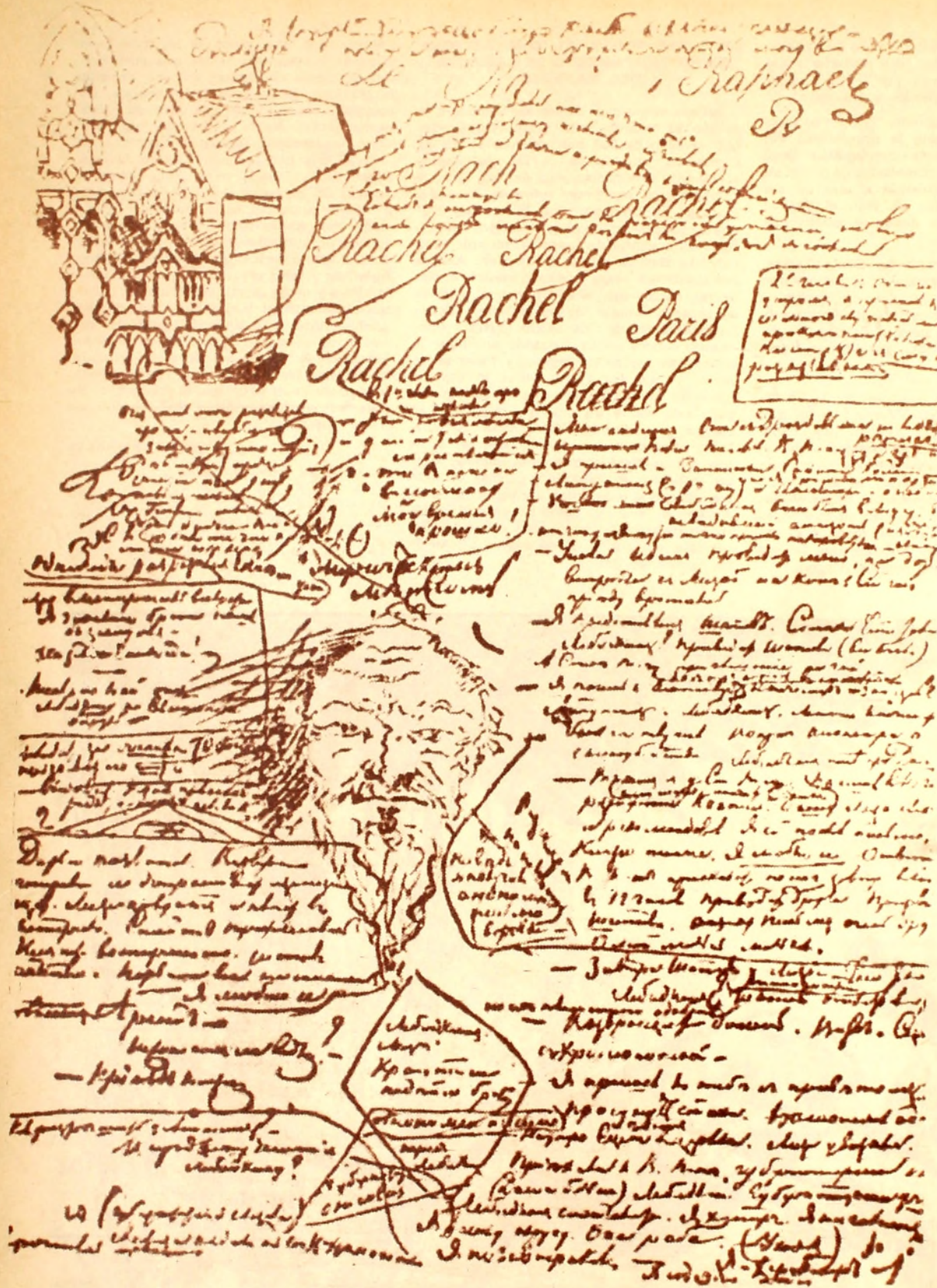
— Marindia, junio de 1965 —

(Especial para EL DIA)

(1) Alfredo Gustavo Bellemare. Revista Histórica Nos. 82-84, año 1958.



DOSTOIEWSKI EN FLORENCIA



Un curioso manuscrito de Dostoyewski.

A pesar de que Florencia no deja respirar por tanto como ofrece, y que ella misma, por sí misma, con tanta y rica historia de arte y de belleza natural no permitiría pensar en otra cosa ajena a sus propios atributos, hay un nombre — hecho también del mejor mármol — que responde a una figura de perfil indeleble, lacerada y profunda, vinculado a la ciudad de Dante y Miguel Ángel, que nos obliga a recordarlo. Ese nombre responde a Dostoiéwsky. Porque Florencia fue para Dostoiéwsky acaso el rincón del mundo donde vivió su mayor felicidad. Tal vez en estos momentos, aquí, en Florencia, se evapora la frase torturante de los tenebrosos días de San Petersburgo: "Por consiguiente, el consejo de guerra condena al teniente de ingenieros retirado Dostoiéwsky, culpable de no haber denunciado la difusión de la carta del literato Bielinsky, sobre la religión y el gobierno... a la pena de muerte y decide que sea pasado por las armas". A su lado, ahora, está Ana Grigoriéwna, "que nunca le hizo sufrir", 28 años más joven que él, a pesar de que, como bien lo dice Antonio J. Onieva, él "era todavía más niño que Ana Grigoriéwna". Se habían casado el 14 de abril de 1867.

Se hace, pues, imposible, pasar por Florencia, sin

detenerse en la memoria del autor de *Los hermanos Karamazov*. Por otra parte, Dostoiéwsky y Ana, al llegar a Florencia, se ubicaron en un lugar por donde uno debe demostrarse alguna vez, forzadamente: en la Piazza de'Pitti.

La hija de Dostoiéwsky, Amada (o Liuba, como gustaba llamarla él) escribió conmovedoras páginas que cristalizaron en la *Vida* de su padre. Cuenta que cuando las lluvias de otoño comenzaron, sus padres que venían de Ginebra para invernar en Italia, detenidos ahora en Milán, ciudad que atraía a Fedor por su famosa catedral "que había herido su imaginación cuando su primer viaje a Europa", se marcharon a Florencia y se instalaron aquí para pasar el resto del invierno.

Allí, en la plaza de'Pitti (Liuba no registra el dato en la biografía de su padre, por lo que lo registramos nosotros ahora), en la calle llamada precisamente Piazza de'Pitti, N° 22, se instalaron los enamorados. "No conocían allí a nadie — escribe Liuba — y así se pasaron muchos meses juntos en la soledad". Fueron los meses imprecisos (vamos complementando los recuerdos de Liuba) comprendidos entre 1868 y 1869. Dejaron Florencia a fines del verano.

Dice Liuba que a su padre no le agradaban las relaciones de paso que no obligan a nada, y que cuando alguien le gustaba, le daba su corazón y se le convertía en amigo para toda la vida, pero que le parecía inútil desperdiciar su amistad entre los viandantes. "Mi padre estuvo muy ocupado en Florencia", escribe su novela *El idiota*, que había comenzado en Ginebra". La página, para nosotros que estamos detenidos frente al predio inmortal de la ciudad de los Médicis, y que siempre nos habíamos preguntado con profunda curiosidad cómo sentiría su lejana tierra un Dostoiéwsky aquí, o un Gorki en Capri, la página de Liuba, decimos, tiene particularísimo interés. Entendemos que ha de tenerla asimismo para los lectores. "Mi madre le ayudaba taquografiando las escenas que él le dictaba. Pero temía distraerlo en sus horas de meditación y había tomado como tarea el estudio profundo de Florencia, con sus bellas iglesias y sus magníficas colecciones de Arte. Tenía la costumbre de citar a su marido delante de algún cuadro célebre; cuando había terminado de escribir, Dostoiéwsky venía a juntarse con ella en el Palazzo Pitti. A mi padre no le gustaba estudiar las galerías de pintura "Badecker" en mano; desde la primera visita, escogía algunos cuadros que le gustaban y volvía a menudo a admirarlos, sin prestar atención a los otros. Hacía largas estancias delante de sus telas favoritas, explicando a su joven esposa las ideas que estos cuadros célebres despertaban en él. Iban en seguida a pasearse por la ciudad, a lo largo del Arno. Al regresar a casa, mis padres daban a menudo una vuelta para ver las puertas del Baptisterio, (1) ante las que mi padre se extasiaba. Cuando había buen tiempo, iban al jardín Boboli. Las rosas que florecían allí en el mes de enero sorprendían su imaginación nortea. En esta época del año, mis padres estaban acostumbrados a ver ríos cubiertos de hielo, las calles llenas de nieve, a los viandantes arrebujados en sus pieles; las flores de enero les parecían inverosímiles. Mi padre habla de las rosas de Boboli en las cartas a sus amigos; mi madre habla de ella en sus *Memorias*".

Captamos en estos párrafos el sentimiento de Dostoiéwsky que nos abre el interrogante arriba expresado. Liuba continúa: "Ambos fueron muy felices en Florencia; me parece que éste fue el tiempo más armonioso de su viaje de bodas. A Dostoiéwsky le gustaba mucho Italia; decía que el pueblo italiano le recordaba al pueblo ruso". Y deseando exponer las causas del parecido, escribe a continuación: "Ha corrido, en efecto, mucha sangre eslava entre los italianos del norte. Los Vénegos que edificaron a Venecia eran de origen eslavo y pertenecían a la misma tribu eslava que los rusos, cuya cuna se halla en los Cárpatos. Uniéndose con los italianos, los Vénegos dieron su sangre eslava a los habitantes del Norte de Italia. Esta sangre corrió por toda la llanura del Po y bajó a lo largo de los Apeninos. Los rusos que viajan por Italia se sorprenden a menudo de hallar en el fondo de Toscana o de Umbria los mismos tipos de campesinos que han visto en Rusia. Es la misma mirada dulce y paciente, el mismo ardor en el trabajo, el mismo sentimiento de abnegación. El traje, la manera de atar el pañuelo en la cabeza, son idénticos. Por esta sangre eslava, los rusos quieren tanto a Italia. La consideramos un poco como nuestra segunda patria".

Estos rápidos recuerdos — que podrían ser múltiples — nos asaltan, por lo demás, con frecuencia, en una ciudad como Florencia. Por Dante, por Rafael, por Botticelli, por Lippi, por quien se quiera, el florentino marca cada paso sensible. Otro solo, en ejemplo: el del citado Rafael. Que Rafael haya hecho una simple — pensemos que simple — visita a un amigo, es suficiente. Un trozo de mármol lo registra: "Raffaello da Urbino fu ospite di Taddeo di Francesco Taddei in questa casa nel MDV", leemos frente a los números 41 y 47 de la via de'Ginori esquina via Taddea.

Pero estábamos con el autor de *El Idiota*, que el propio Fedor aseguraba mientras la escribía, iba a ser mejor aún que *Crimen y Castigo*. "El Idiota — dice Onieva con personal visión de aquellas horas — es una de las novelas más intensas de la literatura moderna. Escrita entre los avatares del juego, el frío, las privaciones y la muerte de su hija, (2) piénsase que el autor puso su genio creador a la tensión máxima".

¡Más aún que *Crimen y Castigo*! Sin tanto — creemos — se justifica siempre toda recordación.

Julio IMBERT

(Especial para EL DIA)

(1) Las puertas del Paraíso, de la que hablamos particularmente en nuestra nota del 21 de febrero de 1965.

(2) Sofía, del primer matrimonio.

EDGAR RICE BURROUGHS'

Tarzan.

TEMIENDO POR SU SUERTE, TARZAN VE A UN ENLOQUECIDO SER CORRIENDO HACIA SI...



LA CURIOSIDAD ES MAS FUERTE QUE EL TEMOR Y LA TRIBU DE LOS AVES CONTEMPLA DESDE LAS CHOZAS EL DRAMA QUE SE DESARROLLA ARRIBA...



LOS BUITRES CIRCUNDAN EL CRATER Y LUEGO SUELTAN SU PRESA A UN TERRIBLE DESTINO...

Tm. Reg. U. S. Pat Off.—All rights reserved
Copr. 1964 by United Feature Syndicate, Inc.



LA MIRADA ASESINA QUE ESPERO A OTRAS VICTIMAS...



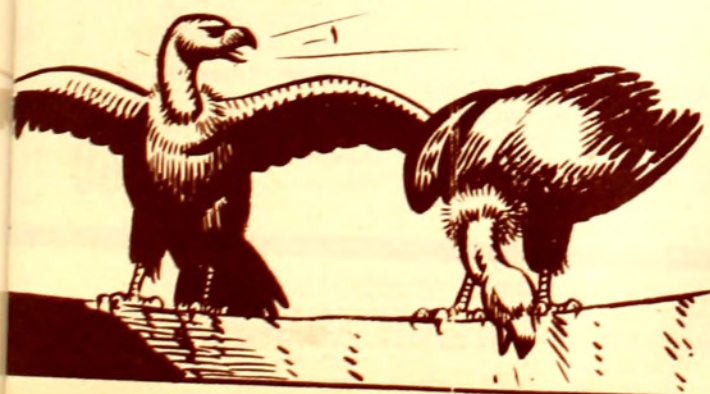
SOLO INCITA A ÉSTA A LA ACCIÓN...



TARZAN LOGRA ESQUIVAR LA LANZA...Y AMBOS RUEDAN POR EL SUELO...



LOS IMPACIENTES BUITRES, PARADOS SOBRE EL BORDE, ANTICIPAN EL FESTÍN CON UN CORO FÚNEBRE DE GRAZNIDOS.



UNO SE MUEVE... HACIA SU LANZA... PARA LOGRAR VENGARSE DE SU FRACASO...



TAMBIEN
PARA EL

DIAS DEL PADRE

Soler tiene!

Soler conviene!



REMERA de lana, buena calidad, manga larga, terminación Fully Fashioned, colores varios, al precio de **\$ 185**



BUFANDA en lana, variedad de dibujos y colores, al precio de **\$ 55⁵⁰**



CAMISA blanca, manga larga, confeccionada en tricolina 2x2, puño para gemelos y botón, impecable confección **\$ 118⁵⁰**



PANTALON en franela super abrigada, colores azul, gris y marrón. Talles del 80 al 122, al precio oferta de **\$ 79⁵⁰**



SACO cardigans, abrigado, de lana merino, con dos bolsillos, manga raglan, tonos de actualidad, a **\$ 185**



PANTUFLA en cuero ternera, forrada en corderito, con suela, colores azul y marrón, el par a **\$ 136⁸⁰**



PULLOVERS en lana merino, calidad Lancarina, mangas raglan, escote en V. Finísima terminación, colores gris, azul y marrón, a **\$ 173⁵⁰**



CAMISA en paño Campomar o cuadros esfumados, manga larga, 2 bolsillos plaque, tonos varios **\$ 170**



PIJAMA en franela Alpargatas, fortificada, colores gris, beige, cielo, al precio de **\$ 135**



ROBE DE CHAMBRE en paño franela Campomar, colores marrón, azul piedra, gris, habano, al precio de **\$ 268**

CASA MATRIZ: Av. Agraciada 2302 y M. Sosa - Tel. 20 09 61
SUC. CORDON: Av. 18 de Julio 1601 - Tel. 40 41 11
SUC. CENTRO: Av. 18 de Julio 958 casi Río Branco - Tel. 9 40 59

SUC. UNION: Av. 8 de Octubre 3790/94 - Tel. 5 40 35 00
SUC. ARTIGAS: Av. José G. Artigas 558 - (Las Piedras)

DESHAGASE DE COSAS Y...HAGA CASAS. Llame al 98 35 55 y pasaremos a buscar su donación. PRO-MEJORES VIVIENDAS